



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

¿POR QUÉ FRACASA COLOMBIA?

**DELIRIOS DE UNA NACIÓN QUE
SE DESCONOCE A SÍ MISMA**

ENRIQUE SERRANO



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Andrés Becerra Mateus

© Enrique Serrano, 2016
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-5531-0
ISBN 10:958-42-5531-2

Primera impresión: octubre de 2016
Segunda impresión: enero de 2017
Tercera impresión: marzo de 2018
Cuarta impresión: enero de 2019
Quinta impresión: agosto de 2019
Sexta impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ENRIQUE SERRANO (BIOGRAFÍA)

Barrancabermeja, 1960. Ganó en 1996 el premio de cuento Juan Rulfo que otorga Radio Francia Internacional. Publicó su primer libro, *La marca de España* (Seix Barral), en 1997. Esta obra, editada en España por Editorial Destino y en México y Argentina por Planeta, ha recibido elogiosos comentarios por parte de importantes personalidades, como Gabriel García Márquez («... logra alcanzar, en pocas páginas, una gran fuerza expresiva») y Álvaro Mutis («Hay tanto que comentar en este sabio y sabroso recorrido que hace Enrique Serrano por la historia de nuestra España, que haría esta nota interminable»). En 2000 publicó su segundo libro de cuentos, *De parte de Dios*, y en 2003 su novela *Tamerlán*.

A Emilia, para que pueda verse en estas páginas.

A Álvaro Pablo, por haberme regalado la idea.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Introducción.....	21
Lo imaginario de la nación.....	28
Elementos para comprender una nación no planeada ni deseada.....	32
Escasa limpieza de sangre: el fermento de una huida ineludible	35
La condición de cristiano-nuevos en la España de los siglos xv y xvi.....	41
Apellidos sin pasado.....	46
Moriscos de Andalucía que hablan mozárabe y saludan con cortesía	49
La hora de la partida: nunca más Sefarad, jamás al-Ándalus	53

Pasajeros de Indias: destino incierto, fidelidad comprometida.....	56
Asesoría para viajeros en Curazao: “vayan hasta la boca de gran río y penetren en el continente”.....	61
La vastedad del territorio	66
Colonos avezados: mientras más lejos, mejor.....	70
Economía de subsistencia y aislamiento	73
Migraciones de familias completas	76
Los conversos transformados en indios	81
Zambos, mulatos e indios en Colombia.....	86
Anatomía de trescientos años discretos.....	90
La evidencia de una cultura trashumante en la tierra firme	94
Fundaciones	98
La estructura provisional de la propiedad indiana	103
Las sociedades indígenas en Colombia.....	107
Los indios y los indianos.....	110
Hay tierras para todos: busque cada quien su solar	116

Al menos un hijo cura y una hija en el convento	119
El tono de la vida en Colombia en los siglos XVI a XVIII	123
Vigilancia lingüística y estatus entre los indios.....	128
La importancia del decoro y la higiene corporal	134
Viejas y nuevas pautas de crianza.....	137
La crucial importancia de la medida: trescientos años de relativa paz, bajo la tutela de buenos reyes	142
Una Independencia mal digerida	147
De la aldea a la ciudad, una transición problemática	154
Una población analfabeta pero dada a las habladurías	159
El problema de la visibilidad del individuo y de su estirpe.....	162
Logran más los que mejor hablan	167
Hay que vestir bien.....	172
Los tonos de la piel y el lavado de la sangre	175

¿Usted no sabe quién soy yo? ¿Quiénes son importantes en Colombia?	182
La religión y la religiosidad del pueblo	186
Leer, escribir y dejar impresa una huella: el prurito de una educación basada en adquirir prestigio.....	189
Descrestar a como dé lugar	192
La suerte y la fatalidad.....	194
Para una anatomía del concepto de riqueza en Colombia	197
Un hombre de bien.....	202
Una mujer de su casa	206
Los cafres y los crápulas.....	212
¿Quiénes deben irse y quiénes pueden quedarse?	215
Los visionarios y los revolucionarios.....	218
¿Hacia dónde puede ir una nación así?	221
Conclusión.....	225

PRÓLOGO

Largo tiempo llevamos esperando la aparición de este texto de Enrique Serrano, resultado de juiciosas reflexiones sobre el pasado y el devenir histórico de Colombia, de esa Colombia calificada por algunos como “país de los extremos y las contradicciones”, y por otros, en tono resignado y lacónico, como “un país incomprensible”, sin faltar aquel que, fuertemente influenciado por Cioran, ha llegado a afirmar que en Colombia “ya sucedió el juicio final”, o más contundentemente aún: que ya desde el génesis éramos los seres más caídos entre todos los caídos, destinados como colombianos a no aspirar de la tierra nada distinto a convivir a término indefinido con “espinas y cardos”.

Ese acento tan proclive a la tragedia o al conformismo, a la desconfianza, a postergar decisiones, a sentir en medio de un llanto incontrolable que llevamos sobre la espalda la carga más pesada de la historia universal, por injusta, por mezquina, por generarnos un síndrome de abandono, como si de un cuadro neurótico se tratara, no es

propiamente el acento ni la razón de fondo que llevó a Enrique Serrano a escribir con disciplina y rigor, en soledad y en silencio, *¿Por qué fracasa Colombia?*

De entrada, el texto, que por algún motivo hace pensar en otro título: “Las raíces secretas de nuestra nacionalidad”, riñe con el culto casi histérico por las efemérides, por los ritos de paso y el pensamiento mágico con que se enmarcan determinadas fechas del calendario nacional. Riñe, a su vez, contra los historiadores (que en nuestro medio son “legión”) partidarios hasta la obsesión por la narración escueta y por el helado documentado, más gélido aún si se trata de comprobar la verdad histórica, haciendo acopio de cuanto diario y gaceta oficial existen. Riñe, va a reñir con la ya proverbial arrogancia de la academia en nuestro medio, buscando llenar, y no sin razón, serios y grandes vacíos historiográficos, pero blindados en esa apuesta por los modelos de la historia estructural, a través de “planos de larga duración, seculares o coyunturales”, de una insufrible pedantería, en esa “lectura y barridos transversales” haciendo sinónimo de esa presunta mirada de conjunto, la apología de la ambivalencia, de privilegiar o desprestigiar acontecimientos, improntas, imaginarios de acuerdo al marco teórico que se maneje, o a la escuela histórica a la cual pertenezca.

Por iguales o parecidas razones, muchos de estos carnetizados y etiquetadores de oficio van a sentir casi como una afrenta personal los amplios espacios que *¿Por qué fracasa Colombia?* le concede a las diversas formas que la hispanidad asumió a lo largo de tres siglos del otro lado del Atlántico. Hoy, cuando lo más importante es estar en

el lugar políticamente correcto, hablar de Hispanoamérica parecería casi que un exabrupto. Un exabrupto que tercaamente se niega a aceptar, así sea parcialmente, que no siempre Colombia fue una nación rota, desintegrada o hija de un fenómeno de madre-solterismo histórico. Todos, individual y colectivamente hablando, somos el resultado de un antes y un después. Unos son antes y después de una armónica, sosegada y constructiva relación de pareja, o bien antes y después de una verdadera hecatombe sentimental.

A otro nivel, algo similar ocurre con la historia. Recordando, eso sí, que también nuestras vidas están compuestas, como la armonía del mundo, como la historia del mundo, de cosas contrarias. Y esta reflexión no es por cuenta necesariamente del budismo tibetano, sino por sentido común. Desde esta perspectiva, mal podría pensarse que nuestro paisaje nacional solo comienza a cobrar brillo y verdor luego de 1810. El libro de Enrique Serrano es, en ese sentido, una especie de puente recio y bien articulado invitando en gesto centrífugo a que las nuevas generaciones colombianas repasen con honradez e independencia mental la idea que se tiene de la cultura hispánica. O sea, de una cultura que le permite al observador inteligente encontrar en una misma cuadra una catedral romana o gótica, una mezquita y una sinagoga.

A ese efecto, una de las temáticas más valiosas del texto de Enrique Serrano es la que justamente recrea la contribución árabe y judía en la configuración de nuestro inconsciente colectivo y en esa configuración, un actor clave: el converso. El que funge de cristiano de dientes para afuera

como estrategia de supervivencia frente a tribunales como el del Santo Oficio, pero que sigue permeado en su interior por casas con aleros, por salas con alfombras, por jardines con aljibes, por los remedios, por la aritmética, por sumar, por restar, por saber multiplicar, por regatear con éxito, por la improvisación, por la recursividad, por la lectura de libros prohibidos; por enfrentar —pensemos nosotros— la fatalidad con sentido del humor. En todo colombiano, salvo que sea un fanático de extrema izquierda o de extrema derecha, o un imbécil, o un resentido social, o una víctima de una grave desviación neurótica, existe una formidable propensión a tomarse el mundo a risa. En cada colombiano habita en mayor o menor grado un Guzmán de Alfarache, un Mateo Alemán, un Lazarillo de Tormes...

El otro actor clave es la Iglesia. Gústenos o no, Colombia fue un país hecho por curas y religiosas. Antes que fundar una población, había que erigir una parroquia; “la parroquia era la medida de todas las cosas”. Lo era en su pretensión de entender la ciudad, el pueblo, la aldea, la villa, la Plaza Mayor, como una comunidad de hombres honorables. La parroquia fijaba límites. Ella tenía la última palabra en los juicios sobre situaciones en las que estaban gravemente implicadas honra, hombría y vergüenza. Allí donde se ubicaron los párrocos —léase todo lo largo y ancho del territorio nacional—, aparte de alfabetizar, bendecir y sacralizar un espacio determinado, detentaron enormes dosis de poder, reflejadas en control y orden social. En otras palabras: era al párroco al que le correspondía establecer en primera instancia qué formas de conducta eran aprobables o reprobables.

Durante la larga vigencia de la sociedad monárquica las atribuciones de la Iglesia fueron aún más lejos, al punto de hacerle sentir a la población indígena, por ejemplo, que el rey español tenía y ostentaba una imagen de autoridad no muy distinta de la de Dios. Cuestionar al rey era cuestionar a Dios. Denigrar del rey era denigrar de Dios. Quizá sea esto último, unido a otros factores, lo que explique que al momento de las guerras civiles, mal llamadas de Independencia, el indígena colocara toda su lealtad, todo su coraje y toda su experticia en la guerra de guerrillas, a favor del Rey-Dios; del supremo articulador de la comunidad humana más grande de todos los tiempos en términos geográficos. A nombre de ese Rey, en este caso, del “suspirado” Fernando, del “amado” Fernando, hubo levantamientos indígenas en Riohacha, Santa Marta, Valledupar, y en su expresión más radical y contundente en lo que hoy corresponde al departamento de Nariño. En personajes legendarios como Agustín Agualongo parecía asomarse una trágica intuición que la realidad posterior parecía confirmar: sin Rey, es decir sin Dios, abolidos los resguardos, la revolución se asemejaba más a una fosa común, que no a un nuevo orden.

Digan lo que digan los partidarios de las *Venas abiertas de América Latina*, la verdad soportable o insoportable es que el indígena no compartía el proyecto político del criollo —léase español americano, del que le recordaba en plural y por escrito al monarca: “Tan de don Pelayo como ustedes”—, consistente en subvertir el orden colonial.

En *¿Por qué fracasa Colombia?*, su autor insiste en el formidable potencial humano que tienen los colombianos.

No obstante, y también lo subraya, hay factores que conspiran contra el legítimo derecho de aspirar a una mejor calidad de vida en todos los órdenes. Uno de ellos: nuestro aislamiento, y de la mano, nuestro “provincialismo mental”, nuestro uso y abuso de los diminutivos, en donde el “porfis, me regalas un...” parece estar a la orden del día; el desdén por la periferia, desdén suicida y arrogante que viene de muy atrás. Como si en verdad nos hubiéramos propuesto como perverso propósito nacional privilegiar y “europeizar” la cordillera de los Andes, en detrimento del resto, o sea de lo que aterra, de lo que conduce como en algunos cuadros psicóticos al agujero negro, a la sombra, al infierno, a la vorágine.

A lo anterior, yo agregaría algo más: nuestra total y casi total ausencia de vida interior, reforzada y estimulada desde una espiritualidad de supermercado. No es, en efecto, la primera vez que sociólogos, docentes, psicólogos, psiquiatras, pastores y sacerdotes se preguntan a una sola voz: ¿por qué teme tanto el colombiano a la soledad (y soledad, no es lo mismo que desolación)? ¿De dónde proviene nuestra cordialidad excesiva, de dónde tanta dependencia de los demás, enmarcada por una necesidad compulsiva de aprobación y afecto, combinada como generalmente suele suceder, con actitudes de servilismo, transigencia y evasión por vía de la fuga ante una ley que no sea la del último esfuerzo? ¿Qué actores y factores nos han predispuesto, incluso a plegarnos a cualquier indignidad, con tal de no sentirnos solos? ¿Por qué pasamos en cuestión de minutos del “buen día”, del “Dios te bendiga”, del pretexto de la bondad, el consuelo, la compasión y la

indulgencia, a la hostilidad más manifiesta y despiadada? ¿Por qué nuestras historias de vida como nación acusan tantas tendencias contradictorias? ¿Por qué le seguimos concediendo tanto espacio al qué dirán? ¿Por qué no hemos logrado todavía hacer de la expresión “unidad en la diversidad” algo más que una frase de cajón? ¿Por qué desde nuestra cotidianidad parecemos recordar a Arthur Rimbaud cuando dice: “El poeta hará suyo el sollozo de los infames, el odio de los forzados, el clamor de los malditos”, o a Jorge Luis Borges afirmando: “Me engañan y yo debo ser la mentira. Me incendian y yo debo ser el infierno”?

Algunos de estos interrogantes ya han sido respondidos, tal y como se demuestra en el presente libro, que sin abandonar los rigores de la investigación científica no olvida que el destino de su obra *¿Por qué fracasa Colombia?* está en manos de sus lectores, que de seguro no serán pocos. Este su libro, a diferencia de otros folios soporíferos de los historiadores que no saben escribir, atrapa y convoca, incluido, por supuesto, el derecho a disentir, desde la primera página. Otro de los méritos radica también en la expresión escrita de la larga periodización investigada. Enrique Serrano no se detiene, en efecto, cada dos o tres líneas, como si se tratase de un expediente judicial, a señalarnos las fuentes primarias o secundarias de donde obtuvo la información. Tampoco incurre en la tentación de autocitarse. Tiene pudor intelectual. Escribe con fluidez y serenidad al mismo tiempo. Doble ganancia. No hay sobreactuación en lo escrito; hay una severa vigilancia lingüística. Sabe que toda actividad creativa que se respete necesita

la tríada soledad-silencio-meditación, como garantía de posteridad. He aquí el resultado.

ÁLVARO PABLO ORTIZ*

* Profesor titular de las facultades de Ciencia política y Gobierno y de Relaciones Internacionales e investigador principal de la Unidad de Patrimonio Cultural e Histórico de la Universidad del Rosario, de la cual es egresado.

INTRODUCCIÓN

En este ensayo pretendo tratar una materia crucial de nuestra sociedad, como lo es el pasado de la nación colombiana. Para abordar el tema con cabal ánimo, lo primero que habría que decir es que hay una cierta voluntad de negación o de ocultamiento entre sus implicados, que no es deliberada ni malévola, sino dubitativa, inexperta y desconfiada, porque nuestro pasado se suele ver como algo remoto, arcaico e incluso intrascendente. En la mayoría de los casos, la gente es tan pragmática, o acaso tan desconfiada, que considera que el conocimiento del pasado le estorba o que es tan vergonzoso o insignificante que apenas si vale algo la pena hacerse una idea clara sobre él.

En este libro intentaré desterrar esa idea y, a cambio, preguntaré por qué al pueblo colombiano parece importarle tan poco su pasado, mientras que otras naciones, incluso algunas del Nuevo Mundo, hacen de su historia un solemne edificio —así su pasado sea espurio y esté edificado sobre algún mito— en el cual fundamentar el presente y sus aspiraciones, consolidar sus grandes proyectos o irlos realizando a partir de lo que creían ser, aquello que creían

propio de sí mismos, ya sea que ello resulte muy glorioso o, por el contrario, sea producto exclusivo de la humillación y la derrota.

Como lo demuestran a un tiempo su tradición y su presente, el pueblo colombiano considera que su pasado como nación es casi irrelevante, o al menos poco digno de mayores estudios, y por eso predomina la confusión tan generalizada entre historia del Estado e historia de la nación, la última de las cuales, en la mayor parte de la historiografía existente, se confunde con la primera, se resuelve con prejuicios o se escamotea de un tajo. Esta falacia de que la historia de la nación se esconda o se obvie, en nombre de la historia del Estado, es un hito de la reflexión que este breve trabajo se propone analizar. Además, la sobrecarga de historia económica reciente ha contribuido a minimizar el peso de la historia cultural, es decir, sus imaginarios, sus costumbres, sus valores y sus símbolos.

Entonces, partiré de la afirmación de que las raíces de la Colombia de hoy no empezaron en 1810, ni en 1819, ni con Bolívar, Santander o Nariño. Los sujetos de la nación ya estaban conformados como indianos, existían desde hace tiempo y tenían su origen bien definido, hablaban claramente un español mozárabe de las provincias del sur, desprovisto del ceceo y la explosividad glotal castellanas; eran católicos, y aún tenían una organización social medieval andalusí —y, en otra medida, de Asturias y Extremadura— digna de ser estudiada a los ojos de una antropología histórica seria. Sin duda, y durante los primeros tres siglos, habían llevado a cabo un proceso racial de mestizaje, des-

igual en cuanto a las regiones, pero nunca tuvieron un verdadero mestizaje cultural.

Pero eso solo ha sido vislumbrado por parte de algunos pocos historiadores que se han ocupado de ese asunto, algunos de ellos llamados “colombianistas”, como Anthony McFarlane, David Bushnell, Javier Ocampo y unos cuantos más, quienes de modo somero han abordado esa caracterización de una nación que de todos modos es susceptible de ser estudiada como una nación inconsciente de sí, que se desperdigó a lo largo de Tierra Firme, llamada luego Nuevo Reino de Granada, y que se estableció en las orillas del río Magdalena, desde los días —hoy tan remotos— de Pedrarias Dávila, acaso con la fundación de la malhadada Santa María la Antigua de Darién, en 1510, hasta el día presente. Merecen crédito también en este trabajo los esfuerzos del médico genetista Emilio Yunis, en sus libros *¿Por qué somos así?* y *Somos así*, y Daniel Mesa Bernal, autor del estudio *De los judíos en la historia de Colombia*.

Para el desarrollo de este tema, voy a prescindir tanto de la leyenda negra como de la leyenda rosa, que se han tejido sobre la materia. Quiero citar aquí la brillante hipótesis de Juan Esteban Constaín en la introducción de su ensayo *Librorum*, porque es pertinente para apuntalar en este texto toda reflexión posterior sobre la hispanidad en América:

La idea malintencionada según la cual la Conquista y la posterior colonización de América por parte del Imperio Cristiano Español se hicieron como producto solo o ante todo de intereses económicos, resulta completamente inútil para la formación de una interpretación lúcida sobre

nuestro destino y nuestra historia. Sin caer en la ingenuidad de la leyenda rosa —capitanes cristianos intachables que venían de Castilla o de Navarra a sembrar de bondad y mariposas la precariedad de los pueblos aborígenes; piadosos hombres del Renacimiento que dieron una civilización ilustrada a un universo casi animal—, no hay que desconocer el hondo sentido religioso y cultural de la empresa española en el Nuevo Continente. Intuir oscuros apetitos calvinistas en la gestión de España en América implica la construcción de un discurso no solamente engañoso, sino injusto y peligroso, un discurso que anula las categorías muy complejas por las que atravesaba la Península cuando acometió la empresa de llevar el Evangelio, entre otras cosas, a un dilatado territorio, por las más difíciles circunstancias. Detrás de todo el magma complejo de la presencia europea en nuestro continente, hay un verdadero sentido cultural, no exclusivamente económico, que se puede condenar o alabar, pero no ocultar. La Reconquista, independientemente de todos sus rasgos antipáticos cuya reseña minuciosa sería interminable, sembró en España un talante cristiano absolutamente militante y comprometido; muy sincero y profundo, además.

Se puede hablar de un proceso de profundas contradicciones económicas en Europa que obligó a los reinos atlánticos a emprender operaciones de expansión territorial que pronto se materializaron en esquemas colonialistas de explotación y sometimiento de pueblos ajenos a la tradición occidental que eran dueños de una concepción del mundo en la que la naturaleza tenía otro lugar y el hombre no estaba sometido a las urgencias de un sistema de producción

sin alma ni caridad. Se puede decir eso y mucho más, ciertamente. Pero falsear los móviles profundos del espíritu de una época determinada no es un dique suficiente para frenar el curso de la historia¹.

Así, se hace justicia no solo a la paradójica nación de la que proviene nuestra lengua y cultura, sino a nosotros mismos, que no somos otra cosa que una versión actualizada de algunos de sus múltiples descendientes. No hay radicalidad ni ánimo de venganza en el planteamiento, ni aun pretensión de reivindicaciones de nobleza, puesto que esta fue extirpada casi del todo con la humillación en la Península y con la migración forzosa de miles de desposeídos y perseguidos. Otro equívoco más sería inferir que fuéramos españoles en ascuas y en pro del retorno, que buscaran recompensa o reparación por algún perdido tesoro en la Edad Media.

Además, son bastante discutibles las razones por las cuales se aduce que hemos vivido siempre en conflicto, y en este libro procuraré estar en contra de esa tesis, para recordar, en cambio, la idea de que la disputa por la tierra lo ha definido todo.

América fue, en efecto, fruto de una equivocación —o de muchas, como lo reseñara con lucidez Enrique Caballero Escobar— y su historia es producto del encuentro ente dos edades de la humanidad, el Renacimiento y el Neolítico, y el resultado de una sociedad dedicada no a la conquista,

1 Constaín, Juan Esteban, *Librorum*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2003.

palabra mal vista en ese tiempo y propia de bárbaros, sino a la incorporación de territorios y poblaciones para la gloria de Cristo y de su hispánico rey.

Colombia es una nación grande, urbana e integrada al mundo, al menos hasta cierto punto. Hoy en día, es la segunda con mayor número de hablantes de español, después de México, y más grande que España y que Argentina, esto es, más nutrida en almas, con una población reunida en el trapecio central de las tres cordilleras, que definen de algún modo geopolítico y geoestratégico su dinámica social, y sobre las costas atlántica y pacífica, como lo habían investigado a mediados del siglo xx el general Julio Londoño y otros que ha indagado sobre una geopolítica nacional, más o menos demostrable.

Se trata de un país con dos grandes costas y que, sin embargo, ha vivido la mayor parte del tiempo de espaldas al mar, el cual no ha sido más que el instrumento de la migración —especialmente el mar Caribe, pues el Pacífico sigue en el más incomprensible olvido— y una ventana de escape cuando ha sido necesario. Pero la preocupación por lo marítimo es muy reciente y el desarrollo propiamente dicho de una Colombia internacional es del todo incipiente e insuficiente, al tal punto que es preciso presumir todavía cómo se manifestará en el futuro.

Además de eso, el poblamiento del país es parcial y timorato, lo cual a lo mejor se explica por la vocación de la nación, que además ha poblado muy mal su inmenso territorio de 1.141.000 kilómetros dejando por lo menos 650.000 deshabitados, quizá más por razones que fueran durante siglos perfectamente comprensibles: una llanura

inmensa al este que parecía no conducir hacia ninguna parte, solo a tierra adentro, y una selva gigantesca al sureste y al occidente.

En general, las selvas han sido por excelencia los obstáculos naturales de la vida colombiana que le han impedido, o por lo menos limitado, sus contactos con Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Panamá. Panamá se suponía parte del territorio —y lo fue hasta 1903—, pero estaba ubicada en la selva, es decir, pertenecía según nuestro imaginario a una periferia intratable, agresiva y amenazante. Basta citar esta vez a José Eustasio Rivera, para comprobar cómo esa vorágine ha sido considerada, desde el principio, límite natural y absoluto de la nación, aunque la mayor parte de la población negra se haya establecido en la selva del Pacífico, tras una corta jornada de esclavitud. La Orinoquía ha tenido un destino similar de tierra sin límites, y llanura hacia ninguna parte, que produjo una suerte de repliegue sobre las cordilleras, del que en verdad solo hasta ahora estaríamos saliendo.